

EL CONCEPTO DE "CONCIENCIA MORAL" SEGÚN KANT Y FREUD.

"Apoyándose en una famosa sentencia de Kant, que pone en relación la conciencia moral en nosotros con el cielo estrellado, una persona piadosa muy bien podría sentir la tentación de venerar a ambos como las piezas maestras de la creación [...], en modo alguno desconocemos la parte de verdad psicológica contenida en la afirmación de que la conciencia moral es de origen divino, pero la tesis requiere interpretación. Si la conciencia moral es sin duda algo 'en nosotros', no lo es desde el comienzo".

Sigmund Freud

De la lectura atenta del anterior fragmento se desprende la distinción fundamental entre ambos pensadores, respecto al concepto de conciencia moral. Para el filósofo alemán, formado en la filosofía de Leibniz, pero muy influido por Hume, la conciencia moral, en cuanto representación de la divinidad en la mente del hombre, es una entidad abstracta o subjetiva que tiene por función determinar qué es bueno y qué es malo, según la voluntad de Dios. En este sentido, la conciencia moral sería algo así como una embajada de la divinidad en la inteligencia del sujeto, una especie de copia o inscripción de la voluntad divina en la psicología humana. Como Dios es bueno, nada malo se puede esperar de él, y como la conciencia moral es a imagen y semejanza de Dios, la voz de nuestra conciencia moral es entonces como la voz de Dios. La voz de Dios, según Kant, llega hasta nosotros por medio de la conciencia moral; luego, ésta no es más que una inscripción, marca o huella de la divinidad en nuestra psique. Es así como Kant simboliza la divinidad por medio de la metáfora del "cielo estrellado", pues sabemos que el firmamento antes de que fuera objeto de investigación por los primeros astrólogos y astrónomos, había sido concebido por el hombre como expresión del poder y la magnificencia divinos. Es en todo caso lo que Galileo nos dice, mediante sus diferenciaciones y aclaraciones, en toda su obra.

La expresión "cielo estrellado" representa para el hombre el enigma de un mundo desconocido y desafiante[1]. El cosmos y sus miles de millones de estrellas siguen siendo uno de los más grandes enigmas. Entonces, cuando Kant pone en relación la conciencia moral en nosotros con el cielo estrellado, intentando decir que así como el hombre ve la bóveda celeste, esto es, con admiración y respeto dada su magnificencia, ¿también así habría de percibir la conciencia moral, ya que ésta como aquélla son obras de la creación divina? Por eso, cuando se hace referencia al hombre piadoso, ¿podría decirse que está tan maravillado y sometido a su conciencia moral como lo estaría el hombre conocedor de los secretos del universo?

1. La Filosofía de Kant

Según Kant, ¿la conciencia del hombre es algo así como una pequeña luz en medio del gran cosmos de la conciencia moral? ¿Es para el filósofo alemán la conciencia del hombre algo apenas equiparable a la vida del recién nacido respecto al mundo que lo rodea? ¿Tiene acaso la expresión “conciencia moral” una connotación de superioridad respecto a la simple conciencia humana? Freud observa en la sentencia de Kant que el origen de la conciencia moral es ubicado en la divinidad, por lo que pensamos que Dios es percibido por el filósofo como una entidad real, como el lenguaje, lo social o el Estado, que tiene la facultad de afectar las cosas del mundo, así como el significante. Por ejemplo, tiene el poder de incidir en la psicología del hombre, bien sea para angustiarse o hacerlo sentir culpable, o para sanarlo y curarlo de estos afectos. En esta perspectiva, ¿se podría decir, apoyados en la noción psiquiátrica de “ilusión”, que el filósofo percibía la realidad de la conciencia moral de manera distorsionada? Sobre este punto volveremos más adelante y diremos por qué.

En la afirmación de Kant Freud examina que hay en el fondo una “verdad psicológica”, pues en ella capta una especie de verdad, pero dicha a medias. Lacan decía que la verdad se dice a medias. ¿Hay en esto un fuerte influjo de la represión? ¿Qué quiere decir Freud cuando afirma que la tesis kantiana requiere interpretación? ¿Que la interpretación es el medio a través del cual una idea o una percepción confusa o distorsionada se aclaran? ¿Que la interpretación, en cuanto instrumento simbólico, tiene la función de bajar del “cielo estrellado”, es decir, de lo imaginario, una noción para presentarla en términos más acordes a la realidad, a lo simbólico? Una noción similar tenía en mente Guillermo de Ockham, para quien tanto la idea según la cual el alma es inmortal como la afirmación de que Dios existe son indemostrables. En este sentido, y apoyándonos en Paul Ricoeur, Dios es metáfora y ello exige a la razón, admitir simultáneamente, la separación kantiana entre “la cosa en sí” (verdad de razón) y “la cosa para mí” (verdad de fe). Dos posibilidades que requieren interpretación, porque la existencia de un Dios es una cuestión tan probable como improbable.

Al respecto Francisco Larroyo, en el análisis de la *Crítica de la razón práctica*, dice lo siguiente: “El postulado de la existencia de Dios es más bien una fe, una fe racional sugerida por la idea de sumo bien, al cual el hombre tiende como ser finito”. Y unas líneas más adelante agrega: “En efecto, el concepto de Dios en Kant no es nada *físico* ni *metafísico*, sino esencialmente moral”[2]. He aquí una justificación más que explica por qué el chiste de Miller también exige interpretación.

Recordemos que el discurso está cruzado por las categorías de lo real, lo simbólico y lo imaginario. Luego, con la interpretación, herramienta clave del modo de operar freudiano, ¿se trata de recortar lo imaginario para acercarlo más a lo real por medio de lo simbólico? ¿Qué quiere decir Freud cuando afirma que si la conciencia moral es, sin duda, algo en nosotros, no lo es desde el comienzo? La conciencia moral es lingüística e histórica y se asocia, si es posible decirlo así, con los fenómenos de la transferencia, la depresión y el final del análisis[3].

Para Kant la conciencia moral es algo así como una entidad abstracta que hace parte de la condición humana, sin que el hombre tenga que hacer nada para adquirirla. En este sentido, ¿la supone como lo biológico, como algo constitutivo, como estigma que se trae al nacer? Y no como sombra que se adquiere por el influjo de la cultura a partir del nacimiento, interiorizada progresivamente a lo largo de la infancia por vía significativa.

¿La conciencia moral es como el lenguaje, una construcción que se va dando paulatinamente? Ahora, ¿es una futilidad el que la conciencia moral sea de origen divino? ¿Qué entender por divino? ¿Es lo divino una categoría que hace referencia a un resto real o a algo imaginario? El filósofo habla de la conciencia moral como una abstracción en la psique que se origina en la divinidad, pero con ello no aclara cómo es que dicha conciencia moral se instala o construye. En la moral judeocristiana se admitía el matrimonio entre hermanos para poblar el mundo. Pensamos que su exposición se queda un poco corta al respecto, aunque cuenta con el influjo de la religión judeocristiana, la cual opera a través de los escritos bíblicos con toda la batería significativa. En esta perspectiva dice san Pablo: “Somos templos vivos del Espíritu Santo”.

Freud observa que la idea de la “divinidad” no es suficiente para explicar la conciencia moral, pues advierte que toda la racionalidad kantiana, que soporta la idea de la conciencia moral, se funda en el supuesto de la existencia de Dios. Pero si le quitamos a Dios, ¿qué queda?; ¿cómo se origina entonces? La anterior pregunta representa sin lugar a dudas un cambio de perspectiva, una posición nueva y, por lo tanto, como diría Khun, un cambio de paradigma. ¿Recuerdan lo que decíamos en otra parte acerca de los paradigmas, y cómo un investigador con un paradigma distinto pueda ver lo que otro no percibe?

Pues bien, la mirada de Freud no estaba afectada por el paradigma judeocristiano, y, por eso, para él madurar el proceso de constitución de la conciencia moral no tenía que

remitirse al mismo referente, aunque sea cierto que cada sociedad y cada época alumbran un sistema de valores, de normas y de concepciones del hombre, en virtud de las cuales unas cosas parecerían preferibles a otras. Al respecto, Eric Laurent, apoyado en Woody Allen, quien afirmara en el diario *New Yorker* que un psicoanálisis seguido largo tiempo produce un debilitamiento del sentido moral, nos invita a precisar los interrogantes del psicoanálisis en cuanto a lo moral, pues al parecer tal debilitamiento se genera, sobre todo, en la perversión. Hecho este preámbulo, ¿cuál es, entonces, el pensamiento de cada autor con respecto al concepto de conciencia moral?

2. El concepto de “conciencia moral” según Kant

Las obras en las que Kant se consagra, de manera explícita, al problema sobre la moral son, en orden cronológico, la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, *Crítica de la razón práctica* y la *Metafísica de las costumbres*. La *Crítica de la razón práctica* constituye la segunda obra de una serie de tres llamadas “críticas”, que se publicó por primera vez un año antes de la Revolución Francesa. En ella se ocupa el filósofo alemán, como veremos a continuación en la reseña de algunas de sus ideas, de la filosofía moral, y es prácticamente una continuación de la reflexión en torno a la *Crítica de la razón pura*. Los especialistas afirman que los argumentos de aquel volumen están plasmados con mayor profundidad en los *Principios fundamentales del conocimiento metafísico* del mismo autor. Adicionalmente, la reflexión contenida en el libro es considerada una referencia básica de toda filosofía moral, y Freud no fue ajeno a ella.

En tal escrito el autor define los conceptos de “moral” y “moral cristiana”. Dice que la ley moral conduce por el sendero del supremo bien a la religión, como objeto y fin de la razón pura práctica, es decir, al conocimiento de todos los deberes como mandatos divinos, no como sanciones u órdenes arbitrarias y, por sí mismas, contingentes de una voluntad extraña, sino como normas esenciales de toda voluntad *libre por sí misma*, que tienen que ser consideradas *como mandatos del ser supremo*. La ley moral ordena hacer del supremo bien posible el último objeto de toda conducta en el mundo. Al respecto Larroyo afirma: “El hombre en cuanto sujeto de la ley moral aspira al bien supremo; por tanto, a la virtud y la felicidad conjuntamente. Para hacerse digno de esta última, en efecto, debe promover su perfeccionamiento moral, que es una tarea sin término”[4]. La regla moral limita nuestro deseo ilimitado de felicidad o goce. Pero ¿también presiona su encuentro?

La moral, según el filósofo, no es la doctrina de cómo nos hacemos felices, sino de cómo debemos llegar a ser dignos de la felicidad. Más tarde, cuando la religión sobreviene, se

introduce la esperanza de ser un día partícipes de la felicidad en la medida en que hemos intentado no ser indignos de ella. Toda la dignidad depende de la conducta moral. ¿Qué quiere decir con esto? Que nunca se debe tratar la moral como doctrina de la felicidad, como una enseñanza para llegar a conquistar parte de la felicidad, dado que aquella tiene relación sólo con la condición racional de esta última (*conditio sine qua non*), cuando el fin es adquirirla.

Cuando la moral únicamente exige deberes y no da reglas a los deseos interesados, es que ha sido impuesta. Sólo entonces, luego de que ha despertado el deseo moral, fundado en una ley, de alimentar el supremo bien y traer el reino de Dios a nosotros (deseo que no pudo nacer antes en ningún alma egoísta), y después de que para satisfacer ese anhelo se da el paso a la religión, puede denominarse esta doctrina moral también doctrina de la felicidad, porque la esperanza de esta última despierta con la religión. En la obra de Kant que venimos comentando, tanto la idea de Dios como la de la inmortalidad del alma y la de la libertad, son ideas reguladoras. Según Larroyo, en cuanto a la idea del supremo bien, es necesario decir que es un concepto del que se ha ocupado la filosofía ética desde la antigüedad, donde “el único móvil (fundamento) de determinación de la voluntad pura es la ley moral; el único objeto de la acción de ésta es el supremo bien”[5]. Y en el supremo bien está contenida la ley moral.

¿Cuál es el fin último de Dios en la creación del mundo? Kant responde que no ha de considerarse la felicidad de los seres racionales en él, sino el supremo bien, el cual añade a aquel afán de los seres racionales aun una condición, la de ser dignos de la felicidad, o sea, la moralidad de esos mismos seres racionales, según la cual pueden esperar llegar a ser partícipes de la felicidad por la mano de un sabio creador. ¿Qué significa la sabiduría para Kant en este contexto? El conocimiento del supremo bien y, prácticamente, la adecuación de la voluntad a éste, pues no es posible atribuir a una sabiduría suprema independiente un fin que sólo estaría fundado en la bondad. El efecto de la bondad respecto a la felicidad sólo se puede razonar bajo las condiciones limitativas del acuerdo con la santidad.

¿Cómo concibe el teórico del imperativo moral la santidad? Dice que cuando se atribuyen a Dios diversas propiedades, cuya cualidad se encuentra acondicionada también a las criaturas, como el poder, la ciencia, la presencia, la bondad, etc., bajo las designaciones de omnipotencia, omnisciencia, omnipresencia, bondad suma, etc., hay sin embargo tres que son atribuidas a Dios y las tres son morales: “Él es el único santo”, “único bienaventurado” y “único sabio”. Él es también el santo legislador (y creador), el bondadoso y conservador gobernante, y el justo juez, tres características imaginarias, diríamos con Lacan, que

encierran en sí a Dios como el objeto de la religión. Cualidades que se añaden en la razón a las perfecciones metafísicas.

Según Kant, nada honra más a Dios que lo más apreciable en el mundo, el respeto por su mandato, la observancia del santo deber que nos impone su ley, cuando viene a añadirse su magnífica disposición de coronar tan hermoso orden con la adecuada felicidad. Considera que los hombres mismos pueden conquistarse por sus benévolas acciones de amor, pero por ellas solas, nunca por respeto, ya que la mayor virtud sólo les honra si está ejecutada según la dignidad. En esta orientación reflexiona que el hombre es un fin en sí mismo y no puede nunca ser utilizado únicamente como medio por alguien (ni aun por Dios), sin al mismo tiempo ser fin. La humanidad en nuestra vida interna tiene que ser sagrada, porque el hombre es el sujeto de la ley moral que se funda en la autonomía de su voluntad como voluntad libre, la cual tiene que estar de acuerdo, sincrónicamente, según sus leyes universales, con aquello a lo que él debe someterse, o sea, a Dios.

La necesidad moral, comenta Kant, es subjetiva, es decir exigencia, y no objetiva, deber mismo, pero no puede haber deber alguno de aceptar la existencia de una cosa. Con esto no hemos de entender que la aceptación de la existencia de Dios sea necesaria como fundamento de toda obligación en general. El beneplácito de una suprema inteligencia va enlazado con la conciencia de nuestro deber, aun cuando esta aceptación pertenece a la razón teórica, a lo que se debe llamar hipótesis, un acto de fe, de fe racional pura, pues es de la razón pura de donde mana[6].

Por lo anterior, las escuelas griegas no podían llegar nunca a la solución de su problema de la probabilidad práctica del supremo bien. Por eso, según la opinión de tales escuelas, no necesitaban de la existencia de Dios. A decir verdad, tenían razón al fijar el principio de la moral, independiente de este postulado (por sí mismo), en la relación de la sola razón con la voluntad y, por consiguiente, hacerlo condición superior práctica del bien supremo; pero no por eso era la condición completa de la posibilidad de éste. Los epicúreos habían aceptado, como el bien superior, un principio de la moral enteramente falso, esto es, el de la felicidad, y habían puesto la máxima de la elección arbitraria, cada uno según sus inclinaciones, en lugar de una ley. Los estoicos, en cambio, habían erigido muy bien su principio superior práctico: la virtud como condición del supremo bien[7]. Al hacer esto, habían extendido la facultad moral del hombre bajo el nombre de sabio, pero además habían dejado el segundo elemento perteneciente al supremo bien, es decir, la felicidad, poniéndola sólo en la actividad y en el contexto con el valor personal. Según Larroyo, mientras “para los estoicos la virtud es el bien supremo; la felicidad, sólo la conciencia de ser virtuoso. Para los epicúreos, a la inversa, la felicidad es el bien supremo; la virtud sólo

la manera de adquirirla”[8]. No obstante, para Kant la búsqueda de la felicidad no constituye el soporte de la virtud.

3. El supremo bien

¿Qué concepto del bien supremo (reino de Dios) da la doctrina del cristianismo? A este respecto Kant considera que el reino de Dios es el único que satisface la exigencia más severa de la razón práctica. Por eso dice que la ley moral es santa (inflexible), al punto que Freud va a compararla luego con un amo despiadado que hace sufrir al sujeto, que lo castiga, lo culpabiliza y le exige santidad de las costumbres, aun cuando toda la perfección moral a la que el hombre puede llegar es siempre virtud, vale decir, disposición de ánimo conforme a la ley, por respeto hacia la norma, por lo tanto, con respecto a la santidad que exige la norma cristiana. Así, Kant va a considerar que el precepto moral no deja a la criatura humana más que progreso al infinito, por lo cual justifica en aquél la esperanza de su continuación hacia este progreso. Sin embargo, la ley moral de por sí no promete felicidad alguna, ya que la felicidad no está necesariamente unida con la observancia de la regla moral. La ley moral se articula con la noción de libertad. ¿Por eso los seres racionales se consagran a la disposición moral con toda el alma como un reino de Dios? En este punto es importante decir que también al analista, obviamente en la dirección de la cura, le resulta difícil escapar a la tentación de emitir señalamientos y censuras a los pacientes.

La santidad, según el autor, tiene que ser siempre el modelo de la conducta del hombre, que, como cuestionaremos más adelante con Freud, ¿constituye un ideal tan severo que a la postre se convierte en fuente de malestar y sufrimiento? En general, la moral cristiana, desde el punto de vista filosófico, aparecería, según Kant, al compararla con las ideas de las escuelas griegas (cínicos, epicúreos y estoicos), como simplicidad natural, prudencia, sabiduría y santidad. Tanto Aristóteles como Platón se distinguían sólo en lo concerniente al origen de nuestros conceptos morales.

Más refinado, aunque falso, es lo que pretende quien admite un cierto sentido excepcional de moralidad, el cual determinaría la ley moral y en el que la conciencia de la virtud estaría eslabonada inmediatamente con contento y placer al vicio, pero con intranquilidad de ánimo y dolor. El error, entendido como falta de responsabilidad por los actos, engendra el dolor. Es así como todo se reduce al anhelo de la propia felicidad. Para simbolizarnos al inmoderado como atormentado por intranquilidad de ánimo a causa de la conciencia de sus faltas, tenemos que representárnoslo de antemano, por lo menos en cierto grado, como ya moralmente bueno, así como al que se regocija en la conciencia de acciones conformes

al deber tenemos que verlo como virtuoso. En el análisis de la *Crítica de la razón práctica* Larroyo comenta: “La satisfacción que el hombre experimenta gracias al cumplimiento del deber, es una satisfacción consciente, que no proviene de móviles sensibles, en particular de sentimientos de placer, sino de la independencia de ella respecto de las inclinaciones; las que, cuando se imponen, acarrearán un cierto malestar interior”[9].

El concepto de la moralidad y del deber precede toda referencia a ese contento, y no puede ser derivado de él. ¿Cuál es la importancia que Kant le concede al deber, a la autoridad de la ley moral y al valor inmediato que su observancia da a los propios ojos de la persona, para sentir aquella satisfacción en la conciencia de su amoldamiento con la ley, y el amargo reproche cuando uno puede acusarse de infringirla? El agrado o la intranquilidad de ánimo no se pueden sentir antes del conocimiento de la obligación, y de ese estado no puede derivarse el fundamento de ésta. En este punto, precisa el filósofo, hay que ser ya, por lo menos a medias, un “hombre honrado” para poderse hacer siquiera una figuración de aquellas sensaciones. El repetido ejercicio, en conformidad con ese fundamento de determinación, de la prescripción moral puede efectuar al fin subjetivamente un sentimiento de satisfacción consigo mismo. Tal sentimiento es el único que merece ser llamado sentimiento moral.

El respeto al deber es el único sentimiento moral verdadero, un precepto serio y sagrado que no deja al vano amor propio jugar con impulsos patológicos, en cuanto son análogos a la moralidad, ni vanagloriarse de un valor meritorio. Si investigamos bien, dice Kant, encontraremos para todas las acciones que son dignas de alabanza una disposición del deber que ordena y no deja depender dicha valoración de nuestro capricho. Este es el único modo de representación que forma moralmente el alma, porque sólo el deber es capaz de principios firmes y estrictamente determinados. Así pues, en la dialéctica de la razón práctica, nos dice Francisco Larroyo: “Se trata de hacer ver que es engañoso fundar la ley moral en inclinaciones y necesidades naturales”[10].

¿Qué es lo contrario al principio de la moralidad? Kant afirma que es el haber tomado el principio de la propia felicidad como fundamento del coraje de la voluntad, y señala que es aconsejable alabar acciones en las que brilla una intención grande, desinteresada y compasiva, a la par que un sentimiento de humanidad. En este tramo dice que hemos de atender no tanto a la “elevación del alma”, que es pasajera y fugitiva, sino más bien a la sumisión del corazón bajo el deber, ya que de la sumisión puede esperarse una impresión más larga porque lleva consigo principios, en tanto que la altivez del alma sólo trae agitaciones. Al reflexionar un poco encontraremos siempre una culpa cometida de alguna manera, en consideración del género humano, aunque no fuera más que ésta: gozar de

ventajas debidas a la desigualdad de los hombres en la constitución civil, de las que resultan otras ventajas.

La propiedad de nuestro ánimo, la receptividad de un puro interés moral y la fuerza motriz de la limpia representación de la virtud, cuando se ponen convenientemente en el corazón del hombre, son el motor más poderoso para el bien. Así, entre todos los razonamientos, enfatiza el autor, ninguno tiene más aceptación entre las personas, que se aburren fácilmente con las sutilezas, que el que introduce una cierta animación en la sociedad por el valor moral de esta o aquella acción en la que se ha de decidir el carácter de alguna persona. Por eso, aquellos para quienes las delicadezas y los refinamientos en las cuestiones teóricas son pesados y desagradables, toman pronto parte en la conversación si se trata de decidir el valor moral de una acción buena o mala que acaba de referirse. Se esmeran en buscar lo que pueda rebajarle su pureza de intención y, por ende, su grado de virtud, o por lo menos hacerla sospechosa, mediante la aparición de una exactitud, un refinamiento o una sutileza que nunca se hubiera esperado de ellos.

Sin embargo, para concluir esta parte, es necesario precisar lo dicho hasta aquí por Kant, con las palabras del profesor Héctor Gallo: “Así como el mal conduce a lo peor, también puede suceder lo mismo con el bien. Una moralidad llevada por una colectividad hasta el extremo de convertirla en norma incuestionable del vínculo, sin duda producirá estragos. La satisfacción del perverso y la del moralista decidido a masificar el bien sin reparar precio, en apariencia son opuestos [...] Del texto “Kant con Sade” se deduce que si una regla se difunde con carácter de imperativo, de parte del Otro que la enuncia se precipita una voluntad de goce”[11]. De lo expuesto por Kant se desprende que para poder ser feliz, el sujeto debe renunciar, en nombre de los ideales del Otro, a su deseo. Aspecto que se observa con bastante frecuencia en la clínica de la depresión y que constituye la vía opuesta a nuestros empeños, en el presente trabajo.

Con esta reseña sobre la primacía de la moralidad en los deberes –inscrita en el contexto de la modernidad, como efecto de las mentalidades judeocristiana y medieval– elevada al rango de máxima perfección, distinta de la posición de Cicerón en el *De officiis* o *Los deberes*, y forcluyendo de paso lo real mortífero detrás de toda concepción ideal del mundo, esperamos haber mostrado la esencia simbólico-imaginaria del pensamiento moral de Kant[12]. Antes de concluir esta parte nos preguntamos con Larroyo: “¿Por qué vía o método, en efecto, pueden las leyes morales penetrar en el espíritu humano para conformar su existencia?”[13] Por medio de la función paterna y del lenguaje, diríamos con Freud a continuación.

4. Nociones freudianas sobre el concepto de “conciencia moral”

Si Kant parte del “cielo estrellado” y de la “divinidad” para explicar la génesis de la “conciencia moral”, con Freud hablamos del padre, de la función del padre, como figura de autoridad responsable del proceso de constitución de tal instancia en la subjetividad. Con Freud pasamos de la divinidad, como origen de la conciencia moral, al padre de carne y hueso; del padre imaginario al padre real y de éste al simbólico que estaría representado por su nombre, la denominación del padre. Ya decíamos atrás que en Kant había una “percepción distorsionada”, pues una cosa es decir que la conciencia moral se forma por la divinidad, y otra muy distinta que es una consecuencia de la intervención del padre por la vía de su imagen o representación y por medio de su palabra. “Deslindar el superyó propiamente dicho –plantea Marta Gerez– de una de las trazas de su constelación –la conciencia moral–, nos permite insistir que opera como eco del ello aliado a lo pulsional desde el inconsciente genuino y, desde allí, se hace causa; en cambio, la conciencia moral se hace escuchar por los meandros de las formaciones del inconsciente, esto es, desde lo reprimido inconsciente”[14].

Plantear que la “conciencia moral es de origen divino”, es decir, que el padre del recién nacido no tiene ningún tipo de incidencia allí, es borrar al padre como si su influjo fuera poco significativo, distinto a lo que podemos constatar en el ámbito de la clínica psicoanalítica. Afirmar, en cambio, que la “conciencia moral” es de origen “paterno”, ¿es borrar la tesis kantiana, destituir al padre imaginario y a la divinidad misma? Y ello con el agravante de ser objeto de críticas, y considerado hereje por no tener en cuenta a la deidad como elemento principal en la construcción de tan importante abstracción. La hipermoralidad del obsesivo es imputable a la crueldad del superyó que castiga implacablemente como un “ser superior”, un imperativo riguroso y cruel. Vivir, para tal sujeto, equivale a ser amado por el superyó. Una consecuencia de esto es que la voluntad no es libre, por eso la tendencia del hombre no es a la felicidad sino más bien a la desdicha. Al respecto es conveniente precisar que el máximo deber de toda reflexión filosófica, es ser consecuente con la verdad de sus postulados.

Es importante puntualizar que el concepto de “conciencia moral” fue en Freud el primero de una serie de tres en ser utilizado antes de formular en extenso el concepto de “superyó”, siendo un concepto intermedio entre éste y aquél el de “ideal del yo”. De todos modos, es básico aclarar también que en sus teorizaciones superpone tales conceptos y los expone como si su función fuera análoga. El concepto de “censura”, lo mismo que el de

“sentimiento de culpa”, son efecto o consecuencias de la acción punitiva de la instancia que Freud llama de distintos modos. Para Nietzsche la moral es una tiranía contra la vida misma. A diferencia de la postura romántica y distorsionada de Kant respecto al concepto de “conciencia moral”, Freud, apoyado en su práctica clínica, observa que la función de tal abstracción en la vida del sujeto no es sólo amorosa, como hace ver el filósofo. Es así como empieza a indicar que una parte de la conciencia moral se opone con fuerza al pensamiento y a la acción del sujeto en el que estaría en juego un deseo, una fantasía o una motivación inconscientes relacionadas con lo pulsional.

Lo que Freud va a rectificar de la posición de Kant es que la conciencia moral no se forma por la divinidad, teoría más bien imaginaria, a menos que pensemos al padre, a la autoridad, como un ser superior, idealizado y por lo tanto divinizado. Según J. Hirschberger, en su *Breve historia de la filosofía*, Kant entendió mal las pruebas de la existencia de Dios y hasta el sentido de la antigua metafísica. Freud advierte que dado el desamparo y la inermidad del recién nacido, éste idealiza al padre haciendo de él un dios. Luego la idea de dios, propia de los sistemas religiosos, de las ideologías y la filosofía, adquiere con Freud un sentido nuevo[15]. La religión le ofrece al hombre la idea de la completitud. Obsérvese que ni la idea de la moral, ni la del supremo bien o la de la religión cuentan, en la concepción de Kant, con el ser en falta del freudo-lacanismo. Desde una perspectiva ontológica, se podría decir que la moral es una construcción del lenguaje, otro de los nombres del padre, diríamos con Lacan. En tal perspectiva, el núcleo de la moral es el significante Nombre-del-Padre.

La religión es pensada por Freud como un infantilismo de la humanidad que implica dos factores: una falta y una culpa. Dios en lo sucesivo es una consecuencia del desamparo real del padre, ausencia cuyo efecto es la figura del Otro, una idealización que el niño hace del padre. Mientras la teología cristiana se soporta en el miedo y asocia la tristeza y la depresión con la idea del pecado original, Freud habla de la angustia y el sentimiento de culpa como algo estructural. Recordemos que en la segunda teoría tópica la idealización es un mecanismo defensivo al servicio del yo. Miller indica en *De la naturaleza de los semblantes*, que Dios, así como el Nombre-del-Padre, son semblantes. En el análisis se trata, una vez levantada la represión, de pasar del semblante de la verdad ($S \diamond I$) a lo real del goce, de lo imaginario-simbólico (creencia o *doxa*) a lo simbólico-real (saber o *episteme*). Algo así:

Dios

Superyó

La noción de “dios” y el “diablo” coincide en un punto con las elaboraciones freudianas del “ideal del yo” y el “superyó” respectivamente, o mejor, el significante “dios” es otro nombre del diablo con el que éste encubre o disfraza algunas de sus fechorías[16]. Si el diablo, comenta Marta Gerez, es el homólogo del superyó y es “una fantasía de justificación, justifica el pecado y la falta, puede ser un buen camuflaje de la pulsión [...] aunque a veces el camuflaje fracase –como en el caso que nos ocupa– en tanto la fantasía es insuficiente para encubrirla y asume, por esto, ribetes francamente delirantes”[17].

¿De qué se defiende el niño en la relación con el padre? El niño fantasea la desaparición, la destitución del padre y por este hecho propio de su funcionamiento mental, y en un afán por sacar de sí tales fantasías, idealiza al padre, y este mecanismo de defensa es una construcción por medio de la cual el sujeto oculta sus más íntimos pensamientos hostiles. La idealización sería una especie de veneración excesiva de la persona del padre por parte del niño, con el objeto de que no advierta la esencia de sus pensamientos[18]. Además, el hecho de que el padre pueda ser nombrado, simbolizado o representado por un significante, crea en la psiquis del niño la idea de eliminación, dado que el acto de la simbolización constituye el asesinato de la cosa, en este caso, del padre biológico. Esta es una fórmula tomada del hegelianismo.

5. Superyó, agresividad y culpa

Entonces, tras la realización del deseo de suprimir al padre en el plano de la fantasía, surge en el niño un duelo que se expresa como sentimiento inconsciente de culpabilidad y como autorreproche, que se constituye en los elementos estructurantes de la conciencia moral, la cual, una vez instalada en la subjetividad, representa a los padres del niño, y se convierte en algo así como una “guarnición militar en territorio extranjero”. Según Lacan, en el seminario sobre la angustia, el Dios de los judíos es un Dios con el que se habla, un Dios que pide, exige y, como una guarnición militar, ordena gozar[19]. Freud pensaba, en sus *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, que el origen de la conciencia moral se da por la vuelta del impulso agresivo hacia el interior. Ahora, mientras el mismo Lacan decía que “Dios es inconsciente”, nosotros precisamos en este contexto que Dios es, en nuestra subjetividad, el superyó imaginario-real, y cuando logramos, en la dirección de la cura, que éste sea más suave y amoroso con el yo, en ese justo momento podemos decir (en coro con el cristianismo) que se ha pasado, tras un enorme esfuerzo cultural, a la dimensión simbólica. Sólo en este caso es lícito decir que Dios, o sea el superyó, es amor.

La angustia en el yo del niño, ante la presencia de la autoridad amenazante del padre, se transforma después en conciencia moral y se convierte en la causa principal de la renuncia a la satisfacción pulsional del infantil sujeto. Más tarde, esta situación se invierte al tornarse el sacrificio pulsional en fuente dinámica de la conciencia moral. Así, toda renunciación a satisfacer las pulsiones (sexo-agresivas) incrementa la severidad y la intolerancia de la conciencia moral. Llegados a este punto nos preguntamos: si la conciencia moral tiene su origen en la divinidad y ésta es amor, ¿dónde queda el amor de la conciencia moral por el sujeto? Freud percibe, desde mucho antes de formular la pulsión de muerte en *Más allá del principio del placer* (1920), que la función censuradora, acusante y castigadora de la conciencia moral es una continuación, en la subjetividad, de la actitud del padre en la relación con el niño, dando a conocer de manera precisa que la conciencia moral no es como un dios piadoso, tolerante e indulgente, sino todo lo contrario.

En *Una neurosis demoníaca en el siglo XVII*, Freud comenta lo siguiente: “No hace falta mucha agudeza analítica para colegir que dios y demonio fueron originariamente idénticos, una misma figura que más tarde se descompuso en dos, con propiedades contrapuestas. En las épocas primordiales de las religiones, dios mismo poseía aún todos los rasgos espantables que en lo sucesivo se reunieron en una contraparte de él” [20]. Lacan pensaba que sólo quien ha llevado su análisis hasta el final puede ser un verdadero agnóstico, y ello implica, aunque no siempre por factores estructurales, el tránsito de lo imaginario a la primacía de lo simbólico y lo real. El ateísmo [21] también se encuentra entre los clérigos y aún en el Vaticano. Es lo que también podríamos llamar con Heidegger, el paso de lo óntico o del ente (de la inmutabilidad del ser, en *El ser y el tiempo*) a lo ontológico (la movilidad del ser en sí, en *El origen de la obra de arte*, en la que el ser se oculta, como lo inconsciente, en la medida en que se presentifica).

La conciencia moral sería la consecuencia de la renuncia pulsional o, más exactamente, el desistimiento pulsional (que nos es impuesto desde el mundo exterior) crea la conciencia moral, la cual exige a su vez nuevas abdicaciones pulsionales. La severidad de la conciencia moral es atribuida por Freud a la conjunción de dos influjos provenientes de la realidad exterior: la experiencia amorosa, la cual orienta la agresión hacia adentro, hacia la subjetividad, y la defraudación pulsional, que dirige y desencadena la violencia hacia afuera. La culpabilidad en el sujeto representa el rigor de la conciencia moral y equivale a él, por eso decimos que su función es la de “vigilar y castigar” los actos e intenciones del yo, juzgándolos y ejerciendo censura sobre ellos.

El remordimiento, entendido usualmente como el sentimiento posterior al hecho de haber cometido una falta, puede existir antes de que ésta se realice, por la acción de la conciencia

moral. Lo que puede mover, como lo considera Freud, a la necesidad inconsciente de castigo y a múltiples actos por medio de los cuales el sujeto puede derivar punición, sufrimiento y fracaso. El asunto del sentimiento de culpa remite al dantesco infierno del *Sinthome* (hombre santo), diferente de la noción lacaniana, con la que se nombra lo más singular de un sujeto al final de la experiencia analítica.

Respecto a las dificultades de la mutación del sentimiento de culpa en responsabilidad ética (a propósito del caso de Adolf Eichmann y de la responsabilidad del pueblo alemán, por las consecuencias del genocidio, tras la Segunda Guerra Mundial), asunto del que nos ocupáramos en otro lugar, nos dice Hannah Arendt: “Es muy agradable sentirse culpable cuando uno sabe que no ha hecho nada malo. Sí, es muy loable... Sin embargo, es muy duro, y ciertamente deprimente, reconocer la propia culpa y arrepentirse. La juventud alemana vive rodeada, por todas partes, de hombres investidos de autoridad y en el desempeño de cargos públicos que son, en verdad, muy culpables, pero que no sienten que lo sean”[22]. Todo ello se podría considerar como una metáfora, de lo que a diario sucede en Colombia.

6. Paradojas de la moral kantiana

Algo que plantea una oposición aguda entre el pensamiento kantiano y el freudiano es que entre más virtuoso llega a ser un sujeto, la conciencia moral se comporta con mayor severidad y desconfianza. En este rumbo decimos que la autoridad exterior, la del padre, y no de Dios como lo afirmara Kant, es continuada por el rigor de la conciencia moral, que se revela y la reemplaza en parte. Aunque en ocasiones, tal y como se observa en la cura analítica, la conciencia moral puede ser más severa que la de los padres reales, pues muchas veces un padre excesivamente blando y condescendiente da lugar a la formación de una conciencia moral severa. Así que quienes llegan, oponiéndonos al pensamiento del filósofo alemán, más lejos por el camino de la santidad, son precisamente aquellos que se acusan de la peor pecaminosidad.

Puntualiza Marta Gerez: “Dios es sustituto del padre enaltecido (idealizado), y el diablo la versión degradada de aquél. El antiguo ideal del padre creó a los dioses y a su envés el diablo. Freud reconoce que el demonio maligno es pensado como contraparte de dios, aunque está muy cerca de su naturaleza”[23]. El analista, en este sentido, es como un demiurgo al que se hace necesario derrocar. Algo semejante a lo que hace E. Drewermann con los clérigos, pues de lo que se trata, dice el teórico alemán, es de desmontar viejos tabúes y ventilar abiertamente los problemas que aún a muchos acongojan. El discurso religioso, según Miller en *Cosas de finura en psicoanálisis*, “se apoya en una cultura del

sentimiento de culpa”, con el que se trata de dividir al sujeto para que se sienta cada vez más culpable. Con el psicoanálisis, en “relación con el goce tratamos por el contrario de llevar al sujeto a un *no-culpable*”[24].

Tal es el sujeto cargado de culpabilidad, la cual presiona a cometer los peores excesos. El sujeto culpable es, en esta dirección, el hombre altruista, el generoso y el que tiene las mejores intenciones, pero quien, en último término, al desconocer la verdad de sus más íntimos impulsos termina cometiendo los más desdeñables atropellos. Por eso el psicoanalista para poder operar en la cura ha de estar libre, por la experiencia de su propio análisis, de una conciencia moral severa que acusa, culpabiliza y lo mueve a pasar al acto y a convertirlo en la autoridad o en la conciencia moral del analizante. En ese sentido parece ser la práctica del psicoanálisis la única en la que se requiere haber desmontado previamente los poderes acusadores y culpabilizantes de la conciencia moral, de no ser así ¿cómo podríamos operar en el yo una verdadera rectificación subjetiva? ¿Puede acaso un moralista generar en la subjetividad de quien le demanda ayuda una actitud sosegada y tranquila, similar a la que creamos en los pacientes cuando realmente nos hemos curado del sentimiento de culpabilidad?

A lo sumo el altruista, el moralista o el hombre de buena fe, movidos por buenas intenciones, se conducen como Jesús con la mujer que había sido sorprendida en adulterio. La ley de Moisés decía que a tales mujeres había que apedrearlas y quemarlas vivas, costumbre que volvió a florecer en la fase inquisitorial, y ante la cual Jesús, dice el historiador-evangelista, se inclinó hacia el piso, se puso a dibujar una que otra figura, al tiempo que pensaba, dada la historicidad del derecho y de la moral, en la manera de cómo iba a responderle a sus opositores, pues estaban allí para inducirlo a error y poderlo acusar. Fue así como el gran ideólogo y sabio de Nazaret se puso de pie y mirando a cada uno a los ojos les dijo: ¿Quién entre ustedes está libre de pecado? Si hay alguno que esté libre del peso de su conciencia moral... adelante... arroje la primera piedra. Escuchadas estas palabras se miraban entre sí, y poco a poco se fueron yendo hasta que en el sitio quedó Jesús, sus discípulos y la mujer. ¿Dónde están quienes te querían apedrear?, le preguntó Jesús. Y dijo, además: Yo tampoco te acuso, vete en paz y no peques más. Postura antikantiana sobre el pecado.

Es este “no peques más” lo que hace que la postura moralista se evidencie y digamos por este hecho que Jesús no adoptó la actitud que el analista curado de la culpa habría tenido. El “no peques más” lleva impresa la marca de la prohibición y el prejuicio que al analista le están vedados. Además, ¿quién dijo que el analista es un maestro de moral, un personaje ideal como el que describe Kant dispuesto a sugerir a otros que no se exciten y ejerzan un

control absoluto de su vida pulsional? Gobernar lo pulsional es imposible y esto Freud lo sabía. Luego, la expresión “vete y no peques más” no es la de un analista al final de la sesión (máxime cuando el analista no hace milagros, y menos inmediatos, y por eso está obligado a decir: “Nos vemos el próximo día”), sino la del moralista que cree que es posible suprimir la totalidad de los empujes de la pulsión.

Es la actitud de serenidad y paciencia del analista, efecto de la serenidad de su conciencia moral conquistada en su propio análisis, la que opera en el paciente. En esta perspectiva, hay que decirlo, se modifica la conciencia moral del sujeto a partir de la actitud del analista y de su conciencia moral rectificada. Algo así como si el analista le dijera al paciente: “Pues bien, yo no me acuso al no tener quién me acuse en mi subjetividad, y por eso ya no te puedo acusar o culpar. Si no te acuso, ¿por qué te vas a acusar?”. Ahora, ¿es cínica o estoica esta serenidad? En la perspectiva general de la filosofía y, particularmente, desde la óptica de Michel Onfray, en tal serenidad habría mucho de tranquilidad del alma y de estoicismo.

El gobierno o la primacía de la conciencia moral, en tanto no se desmonte por medio de la operación analítica, hacen del sujeto un cobarde moral. La cobardía moral, en último término, no es más que la sujeción temerosa y vacilante del yo ante los poderes de la conciencia moral, los cuales, en el caso del piadoso, hacen de éste un sujeto impotente, timorato e incapaz de lanzarse a la aventura de conquistar alguna empresa. Es el caso del sujeto aquejado por la patología contemporánea de la depresión. Sin embargo es necesario decir, con el propósito de hacer una distinción de finura, que mientras el superyó presiona al caos, a la destrucción de los vínculos y a la muerte, la conciencia moral se articula con la ley que regula y preserva la vida.

Según Marta Gerez, “La conciencia moral freudiana difiere de la kantiana, en la que la voz interior pende de un principio objetivo y de validez universal, es absoluta e insobornable; la freudiana, en cambio, por su relación con el deseo inconsciente, puede negociar y tornarse sobornable. El neurótico conoce el recurso del engaño y la mentira (sobre todo el histérico): modo privilegiado de amoroso soborno”[25].

La conciencia moral es para Freud, a diferencia de las ilusiones de Kant, un poder incrustado en la subjetividad con el único fin de coartar e inhibir las iniciativas del sujeto a nivel del pensamiento, la palabra y la acción. Lo problemático es que se rige por una gran antinomia, pues unas veces prohíbe y otras lanza al sujeto al error para poderlo castigar. Es de este modo como la conciencia (del yo) y la conciencia moral conforman una especie de pareja, en la que esta última hace las veces de padre hostigador, y aquélla de niño indefenso que

es culpado y castigado hasta por la más inofensiva fantasía. “El padre amado e idealizado – precisa Marta Gerez– del que se espera amparo, es también degradado, odiado, temido y, por eso, cabe aguantar de él castigo y aniquilación”[26].

La conciencia moral (que en las elaboraciones de Freud recibió el nombre de superyó), en cuanto ideal del sujeto (o del yo, como se muestra en el esquema o sistema funcional complejo), es algo que lo hace sufrir en el caso de no acogerse a sus mandatos y exigencias. Actitud que, como podemos inferir, no se corresponde con la manera de operar del analista en la cura, y le impide poner en funcionamiento como mínimo dos principios: el de la abstinencia y el de la neutralidad, aunque hoy día se dice que ésta no existe y es más bien una cuestión calculada. En el psicoanálisis lacaniano la noción de sujeto supuesto saber es, por la vía de lo imaginario, el nombre del analista, un Otro más o menos consistente que representa un poco a los dioses de la antigüedad y al Dios del judeocristianismo. Dios, en este sentido, es la represión misma y es puesto al lado de la mujer, del padre, del ideal y del analista en la dirección de la cura, como síntoma. Ahora, al ser la conciencia moral una especie de ideal para el sujeto ¿cuál es la naturaleza de este ideal?

[1] La idea completa de Kant dice: “El cielo estrellado sobre mí y la ley moral en mí”, y está plasmada en la tabla de mármol frente a su tumba, en Koenisberg (actual Kaliningrado).

[2] Kant, Immanuel. *Fundamentación de la metafísica de las costumbres, Crítica de la razón práctica y La paz perpetua*. Porrúa, México, 2007, p. 94.

[3] En cuanto a la depresión el mismo Freud, por la época de 1894, dio a conocer a su amigo Wilhelm Fliess sus propios síntomas y estados de ánimo, los cuales condensa en la palabra *Herzelen*, una especie de “desdicha del corazón” que lo hacía vivenciar y decirse: “Nadie puede ayudarme en lo que me deprime; es mi cruz y debo cargarla” (Erikson, 1993, p. 30).

[4] LARROYO, Francisco. En: Kant, Immanuel. *Fundamentación de la metafísica de las costumbres, Crítica de la razón práctica y La paz perpetua*. Porrúa, México, 2007, Op. cit., p. 92.

[5] *Ibid.*, p. 91.

[6] Según Carlos Ignacio Massini Correas, filósofo del derecho, existe entre los autores una distinción básica entre teísmo y deísmo; el primero designa la posición del sujeto que cree en Dios sin vacilaciones, mientras que el segundo alude a quien no está muy seguro y, por tanto, es partidario de una religión racional, es decir, una concepción sobre Dios en la que se ha despojado o recortado el componente imaginario.

[7] Una noción similar se encuentra en autores como Spinoza, Leibniz, Hume y aun Hegel, a propósito de la filosofía moral y del derecho.

[8] Larroyo, Francisco. *Op. cit.*, p. 91.

[9] *Ibid.*, p. 92.

[10] *Ibid.*, p. 91.

[11] Gallo, Héctor. *El sujeto criminal*. Universidad de Antioquia, Medellín, 2007, p. 133.139.

[12] Pensamiento que se articula, de manera dialéctica y en intertextualidad, con la *Ética* de Spinoza, quien condensa todas las pasiones humanas en tres nociones: la felicidad, la tristeza y el deseo. Este último se diferencia del instinto, cosa que el autor holandés sabía y que Lacan no dejó de martillar.

[13] Larroyo, Francisco. *Op. cit.*, p. 95.

[14] Gerez Ambertín, Marta. *Imperativos del superyó. Testimonios clínicos*. Lugar Editorial, Buenos Aires, p. 281.

[15] Al punto que se podría decir incluso que Freud va más allá de las elaboraciones de filósofos como Duns Scoto y Guillermo de Ockham, para quien Dios sólo existe desde la perspectiva de la fe, pero no desde la óptica de la razón. La “navaja de Ockham” supone el rechazo de todo tipo de concepción errónea, postiza o superficial. Sin embargo, es conveniente no confundir la noción de conciencia moral con la de superyó, pues para Freud es claro que el segundo es una forma de la pulsión de muerte, mientras que la primera es la parte ética del superyó que promueve, en la historia de la filosofía, el dominio y la regulación de las pasiones. La postura teórica de Freud pone en evidencia lo real de la subjetividad humana, develando que somos, al mismo tiempo, “ángeles y demonios”, siguiendo un poco las huellas lógicas de dos pensadores contemporáneos, como el teólogo excatólico alemán E. Drewerman y el novelista norteamericano Dan Brown. Lo anterior significa que, para poder preservar el lazo social con nuestros semejantes, a todos nos corresponde (desde la perspectiva ética) llevar a cabo múltiples renunciaciones de la satisfacción pulsional.

[16] Lo divino que hay en el hombre es descrito por el estoicismo de Séneca, en sus cartas a Lucilio, del siguiente modo: “Dios está cerca de ti, está contigo, está en tu interior. Sí, mi querido Lucilio, te digo que reside en nuestro interior un espíritu santo que observa y que guarda como en depósito el bien y el mal que hacemos, y que nos trata según le hayamos tratado. Sin este Dios nadie es hombre de bien. Hay ciertamente, un Dios en todos los hombres de bien. Pero, ¿quién es este Dios? Nadie sabe decirlo”.

[17] Gerez Ambertín, Marta. *Op. cit.*, p. 134.

[18] O como diríamos con Eugen Drewermann, a propósito del sentimiento de culpa del escritor y aviador francés Antoine de Saint-Exupéry en *El Principito*, lo esencial es invisible.

[19] Lacán, Jacques. *Seminario libro 10. La angustia (1962-1963)*. Paidós, Buenos Aires, 2006, p. 91.

[20] Freud, Sigmund. Una neurosis demoníaca en el siglo XVII”. *Obras completas*, XIX. Amorrortu, Buenos Aires, 1979, p. 88.

[21] ;Entendido desde Nietzsche como un desplazamiento del ser de Dios al ser del hombre, o como voluntad de poder (nihilismo), que se expresa en la conciencia y la responsabilidad (superhombre); movimiento conocido como la muerte de Dios.

[22] Arendt, Hannah. *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona, Lumen, 1999, p. 380.

[23] Gerez Ambertín, Marta. *Imperativos del superyó. Testimonios clínicos. Op. cit.*, p. 137.

[24] En la sesión del curso realizado en París el 25 de marzo de 2009.

[25] Gerez Ambertín, Marta. *Imperativos del superyó. Op. cit.*, p. 279.

[26] *Ibid.*, p. 138.